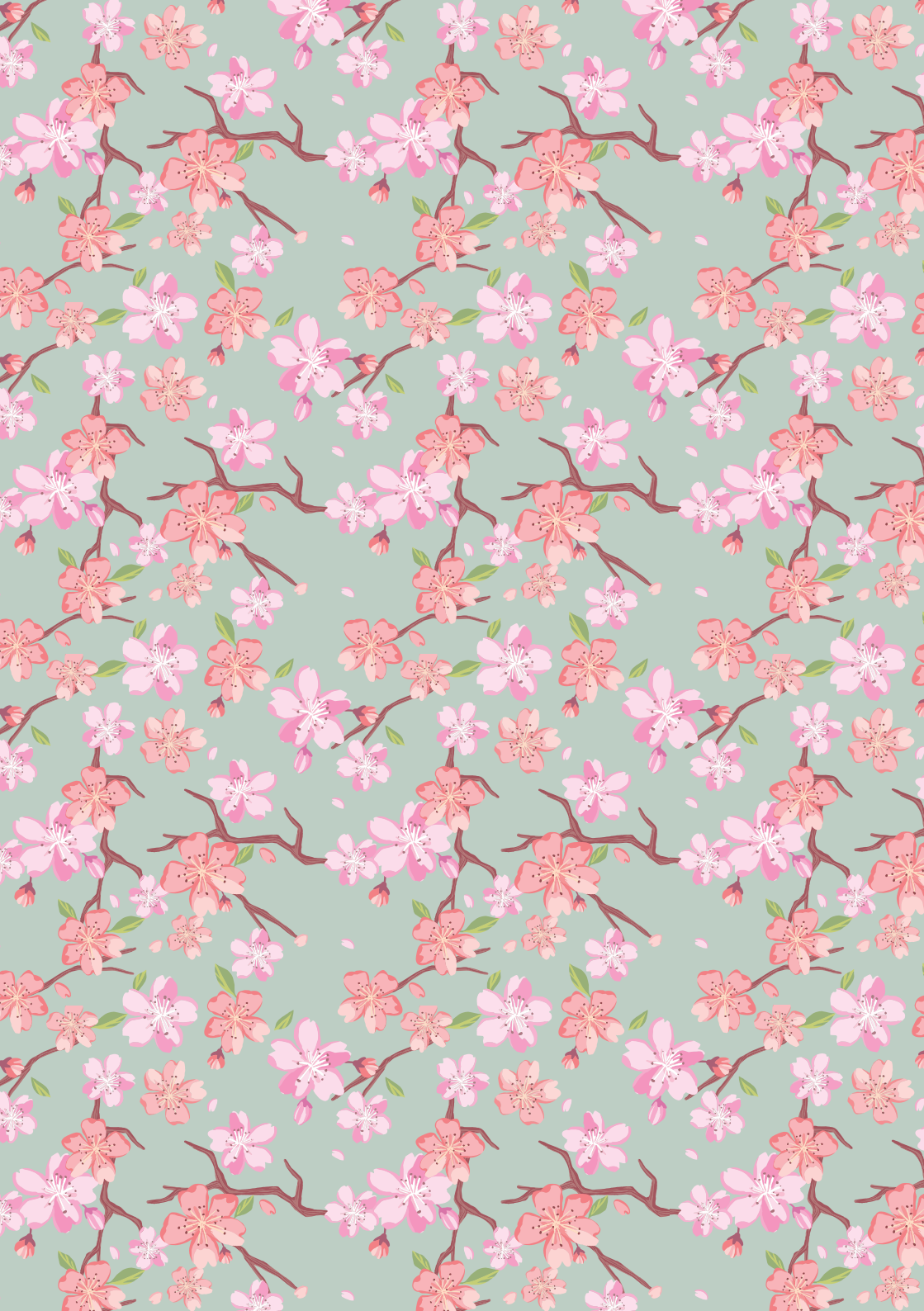


Doméstika

ARTE • TRABAJO • FEMINISMOS

5^{TO} Encuentro
IBEROAMERICANO
de arte, trabajo
Y ECONOMÍA
(SEIATE)



PRESIDENTE DE LA REPÚBLICA

Lenín Moreno Garcés

MINISTRO DE CULTURA Y PATRIMONIO

Juan Fernando Velasco

**DIRECTOR (E) DEL INSTITUTO DE
FOMENTO DE LAS ARTES, INNOVACIÓN
Y CREATIVIDADES**

Bernardo Cañizares

DOMÉSTIKA: arte, trabajo, feminismos

5^{to} Encuentro Iberoamericano de Arte, Trabajo y
Economía (5EIAE), 2018

Paulina León Crespo, Gabriela Montalvo Armas,
María Fernanda Troya

Quito: FLACSO, 2019

Textos

Amparo Armas Dávila, Paulina León Crespo,
Gabriela Montalvo Armas, Patricio Rivas,
Glenda Rosero, Alejandra Santillana Ortiz,
Paulina Simon, María Fernanda Troya,
Cristina Vega, Paola de la Vega

Edición de textos

Mauricio Montenegro

Diseño y diagramación

Isabel González

Lettering y portada

Carolina Iturralde

Fotografías

Jennifer Pazmiño, Tania Navarrete, Paulina León

ARTE ACTUAL FLACSO

La Pradera E7-174 y Av. Diego de Almagro

Quito / Ecuador

www.artefactual.ec

artefactual@flacso.edu.ec

ISBN: 978-9978-67-514-4

Impreso por **HOMINEM**,

octubre 2019, Quito – Ecuador

La reproducción parcial o total de esta publicación, en cualquier medio
mecánico o electrónico, está permitida siempre y cuando sea autorizada
por los editores y se cite correctamente la fuente.



EL
GOBIERNO
DE TODOS

“Este material se realizó como resultado de la Convocatoria pública para apoyo institucional a la
movilidad, participación y representación internacional de artistas y trabajadores de la cultura del
Instituto de Fomento de las Artes, Innovación y Creatividades”

Introducción	II
Doméstika: arte, trabajo, feminismos	
5 ^{to} Encuentro Iberoamericano de Arte, Trabajo y Economía (5EIAE)	
Paulina León, Gabriela Montalvo Armas y María Fernanda Troya	
Economías feministas y trabajo en el arte	
- Des/armando imágenes de lo doméstico, del cuidado... ¿y del arte?	23
Cristina Vega	
- La precariedad en el trabajo del arte desde la perspectiva de la economía feminista	51
María Gabriela Montalvo Armas	
- El trabajo afectivo y el trabajo instrumental en la precarización laboral de los actores culturales	61
Paola de la Vega	
- Feminismos del desborde: La materialidad del cuerpo que crea y la organización de la esperanza	71
Alejandra Santillana Ortiz	
Narraciones doméstikas	
- Al carajo con la sopa	95
Paulina Simon	
- Un papá presente	107
Patricio Rivas	
- Yo materno	113
Glenda Rosero	
Experiencias durante el encuentro	
- Una mirada a la economía feminista: sostenibilidad de la vida vs. mercado. Herramientas para el análisis del trabajo artístico	121
Amparo Armas Dávila y María Gabriela Montalvo Armas	
- Zoco, experimento social de adquisición de arte	129
Paulina León Crespo	
Conclusiones	139
Cuidar, crear, reproducir la vida. Lo que los actores del arte y la cultura podemos aprender de los feminismos en movimiento	
Paulina León, Gabriela Montalvo y María Fernanda Troya	
Reseñas biográficas	148

Feminismos del desborde: la materialidad del cuerpo que crea y la organización de la esperanza

Alejandra Santillana Ortiz

... La enormidad de nuestra tarea, dar vuelta el mundo.
Siento como si estuviera dando vuelta mi vida, de
adentro para afuera.

Audre Lorde, *Los diarios del cáncer*

Este artículo fue escrito en varios días y varias noches. Sin los diálogos sobre arte, colonialidad, cuerpo, agotamiento y cicatrices con mis compañeras feministas e investigadoras Diana Rodríguez y Kruskaya Hidalgo, no hubiera podido darle forma a las palabras. Gracias, Diana, por compartir siempre poesía que da sentido, y por haberme presentado a Anne Carson y a Esther Seligson. Gracias, Kruskaya, por los comentarios agudos y las correcciones al texto.

Está dedicado a todas las escritoras, artistas, luchadoras, que hacen del arte una práctica cotidiana. A Cristina Álvarez, feminista, artista, por su incansable lucha contra el acoso sexual en la Universidad Central del Ecuador.

Cuerpo. Mi cuerpo. Un intento de cuerpo colectivo

He pasado días frente a una hoja en blanco, semanas en este silencio abandonado que no logro cubrir, intentando escribir. Escribo siempre: cartas de despedida, tesis, ensayos, artículos que jamás se publican, otros que llegan a ver la luz; escribo cada día cientos de mensajes a mis amigas, a mi familia, *posts* de Facebook; hago listas, anoto las maravillosas reflexiones de mis compañeras feministas en la sección “Lucídecas” de mi teléfono; a veces escribo en colectivo, y surgen manifiestos potentes; otras, mi libretita se llena de ideas sobre qué quisiera ser (peluquera feminista, maestra de primaria, cantante, cartógrafa). Estoy agotada. No soy una máquina. No puedo escribir.

Tengo un cansancio de meses. A veces creo que son siglos. No se puede estar en todas las luchas, y sin embargo, aprendemos cómo. Tanto trabajo, tantas ventanas abiertas, *multitasking* laboral, *multitasking* afectivo, muchos hogares. Desde mi nacimiento, en Huamanga, las ciudades han sido temporales: infancia en Lima, adolescencia en Quito, luego mi padre fue a estudiar su doctorado en Cambera y mi hermano y yo lo acompañamos. Ahora, en estos años universitarios, los meses se dividen entre Ciudad de México, Quito y Lima. Tengo una familia que no ha estado jamás en el mismo lugar, así que o planificamos encontrarnos o llegamos de sorpresa; pero dejarlo al azar implica altas probabilidades de que jamás ocurra.

Las mujeres de mi familia hacen muchas cosas al mismo tiempo, al igual que la mayor parte de las mujeres en el mundo. Arreglan, escriben, editan, montan talleres de arte, cocinan, cultivan, limpian, se ríen, siempre juntas, están ahí para lo que se necesite; se pelean, discuten, se resienten, pero luego todo camina de nuevo. Yo soy como ellas. Y hemos aprendido a ser felices y a sentirnos afortunadas de tenernos, y de vivir la vida así.

¡Pero estoy cansada! Y me atrevo a pensar que estamos cansadas. Todas. Noches desveladas, amaneceres para adelantar trabajo, varios empleos, crianza de hijxs. Maternar al mundo se ha vuelto una forma de ser; habernos convertido en espacios de contención, cuidado y rehabilitación para todo novio, esposo, ex, amigo, nos ha dejado exhaustas. Como si fuéramos inagotables.

Y sin embargo, a pesar del cansancio, seguimos sosteniendo. Y así vamos por la vida, trabajando siempre, explotadas, precarizadas, tratando de quitarle un poco de tiempo al capital y al patriarcado. ¿Cómo el capitalismo, que es el orden social de la explotación y la acumulación, logra que nosotras destinemos la vitalidad de nuestros cuerpos a ser más productivas y, al mismo tiempo, amortiguemos la violencia, crueldad y locura que ge-

nera el sistema? ¿Cómo es que la dominación se normaliza y va moldeando quienes somos?

El capitalismo es el orden social en el que debemos trabajar para vivir, es decir que coloca al dinero como factor que media nuestra existencia:

Lo distintivo de la teoría de Marx no yace en la idea del trabajo como fuente de valor, sino en la idea de que el dinero es la forma más abstracta de la propiedad capitalista, y es entonces el poder social supremo a través del cual la reproducción social queda subordinada al poder del capital (Clarke 1988, 13-14).

Es decir que si bien el trabajo genera valor en la producción,

la sustancia del valor la proporciona el trabajo abstracto, es decir, el tiempo de trabajo socialmente necesario para producir mercancías (incluida la mercancía trabajo) a un nivel determinado de conocimiento y desarrollo tecnológico en la economía capitalista (Dinerstein 2017, 8).

Pero nosotras sabemos, así como lo sabían los trabajadores y trabajadoras, como lo supieron los pueblos y nacionalidades del Abya Yala, que para que el orden social se mantenga no es suficiente únicamente un sistema de trabajo y organización de tiempo y espacio que extraiga el valor que nuestras labores generan para la acumulación de quienes manejan los medios de producción, sino que se requiere de consenso y naturalización. Por eso para nosotras, las feministas, la dominación da cuenta de un mundo afectivo y es, por lo tanto, un lugar que moldea nuestra subjetividad. Nuestros cuerpos no engañan y, aunque no podamos nombrarlo, sentimos el malestar del síntoma. Estamos cansadas y hemos aprendido a vivir con el miedo recorriéndonos. El patriarcado nos quiere silenciosas y temerosas, ya sea para que no gitemos nuestra rabia, dolor, alegría, o para que no podamos elaborar mundo, sendero, luz. Sin embargo,

podemos aprender a trabajar y a hablar cuando tenemos miedo, de la misma forma en que hemos aprendido a trabajar y

a hablar cuando estamos cansadas. Porque hemos sido socializadas para respetar más el miedo que nuestras propias necesidades de lenguaje y definición, y mientras esperamos en silencio por ese lujo final que es el no tener miedo, el peso del silencio nos ahogará. El hecho de que estemos aquí y de que yo ahora diga estas palabras, es un intento por romper ese silencio y acortar algunas de esas diferencias entre nosotras, porque no es la diferencia lo que nos inmoviliza, sino el silencio. Y hay tantos silencios que romper (Lorde 2008, 10).

Escribo cansada, como otras, para que el silencio no siga siendo costumbre. Forjo estas palabras en un intento de poner el cuerpo y hacer de este ejercicio un texto encarnado. Ahora que lo hago, no puedo dejar de sentir que en el cuerpo *multitasking* habitan también enfermedades que, en algún pasado no muy lejano, parecían tomarlo todo.

El cáncer llegó fulminante en julio del 2017.

Si al inicio la confusión organizaba mis días, con el tiempo aprendí a habitar el miedo y a que el terror habitara en mí; vivir se convirtió en una decisión. Pero después de saber que el cáncer había estado creciendo en mi cuerpo durante los últimos cuatro años, someterme a una mastectomía y un ganglio centinela, cuatro quimioterapias, perder el pelo y calcinarme con las 28 sesiones de radioterapia, en mi cabeza rondaba una inquietud: ¿cómo decidir vivir cuando no sabes si todo por lo que estás pasando servirá de algo? ¿Cómo hacerlo cuando tu vida se convierte en espera e incertidumbre?

Me volví una cansada viajera de la incertidumbre. Pero descubrí que más allá de la racionalidad y las jerarquías que impone el conocimiento solvente del mundo masculino, nuestro lugar histórico, ese en el que el capitalismo, el patriarcado y la colonialidad nos colocaron, nos ha permitido desarrollar, contradictoriamente, una enorme capacidad para generar empatía. El silenciamiento de nuestras vidas y las exigencias laborales y académicas fueron enterrando, marginando, invisibilizando, con

temporalidad telúrica, aquello que nos permite transitar por la incertidumbre: nuestros instintos.

Sin pelo, sin seno, adolorida, con náuseas, ansiosa, deprimida, profundamente triste, quemada, marcada con una enorme cicatriz... Nada de esto aseguraba que el cáncer fuera a desaparecer. Atravesarlo como quien atraviesa una guerra no se basó en todo lo que sabía, sino en todo lo que no. Para hacerlo, me tenía a mí y a las redes de amor profundo que no me soltaron nunca; fundamentalmente eran tejidos de mujeres, de mi madre, mis tías, mis primas, mis amigas, mis compañeras, mis maestras, de mi abuela habitando en todo lo bello y lo vivo. Y en ese tenerme a mí, y saberme en colectivo, las intuiciones y la memoria del cuidado en la cotidianidad fueron descubriéndose en medio del caos.

¿Cómo se navega intuyendo? De alguna manera, intuir es un ensayo sobre aquello que no podemos controlar ni explicar con perfección solvente, pero que va tramando certezas. Transitar la incertidumbre desde las intuiciones es conocimiento colectivo, personal y, al mismo tiempo, descongela nuestra memoria. Pero ¿cómo regresar a la memoria de aquello que nunca has vivido? Vivir el cáncer y lucharlo significó emprender una batalla esperando que cada decisión tomada fuese un alejarse de la muerte, pero implicó también hacerlo sin ningún recuerdo previo, sin memoria alguna que me permitiera saber cómo no perder la alegría y las ganas de vivir.

La cicatriz que me dejó la operación me atraviesa todo el lado izquierdo del pecho y parte de la axila. Perdí movilidad, y alzar el brazo se convirtió en una proeza dolorosa; luego de varios meses de ejercicio sistemático, el dolor ha ido menguando. Ahí queda incólume la cicatriz. Pienso que quizás sea en las cicatrices donde podemos encontrar la memoria de un cuerpo que ha experimentado previamente el acecho de la muerte. Dice Esther Seligson (1999, 103): “No son los recuerdos, el dolor, la alegría, quienes van tatuando en el rostro sus cicatrices, sino el misterio de la vida, su diario transcurrir. También las tajaduras de lo inexpresado”.

Y es que haberle ganado al cáncer en este último año tuvo siempre algo de misterioso. La enorme cicatriz que se fue pegando a mi músculo ilumina eso que no sé cómo nombrar, que a veces quiero olvidar, "... para la memoria, sin embargo, la cicatriz es apenas la herida de la herida herida, una eterna fisura en la realidad absoluta de cada quien" (Seligson 1999, III).

Adivino que no es posible olvidar el cáncer. Adivino que esa es mi eterna fisura. Que a veces quisiera ser yo, porque soy pero no soy. Porque ser yo era ser alguien que no sabía que tenía tres tumores creciendo, pero que tenía pelo largo y pecho. Y ahora que no hay enfermedad a la vista, al menos temporalmente, soy yo, pero el mundo se volcó entero. Mis nociones de futuro regresan a cuentagotas. He borrado de mí varios momentos, a veces los más dolorosos, o los que intuyo que me quiebran más. Mi pelo ya puede tener estilo, y poco a poco recupero la fuerza de mis músculos. He subido de peso por las hormonas, que no dejaré de ingerir hasta que me den de alta en unos años, y en muchas ocasiones mi cuerpo de ahora lo siento como no mío, como no yo. ¡Y, sin embargo, soy yo! Soy mi cuerpo, mis cicatrices, mi dolor, mi fuerza, mi refugio, mi intuición, soy la incertidumbre, y desde aquí surgen las palabras y la creatividad, esa que, como veremos, acerca el arte y la lucha.

En su ensayo sobre la precarización del trabajo en el ámbito cultural y del arte, la investigadora Remedios Zafra (2017) nos recuerda que el arte no es un proceso contemplativo e idealista, sino que implica materialidad; que quienes crean tienen cuerpo, que quienes hacen arte, trabajan. Siendo así, me pregunto entonces: los cuerpos que crean, ¿pueden siempre ser productivos? ¿No tienen sueño, frío y hambre? ¿Se sienten cómodos siempre siendo lo que son? ¿Sus heridas se han convertido en cicatrices o volaron como pájaros de aquello que se olvida? ¿Transitan o son fijos? ¿Saben de antemano a qué otros cuerpos desean? Los cuerpos que crean no son abstractos, viven.

Empecé este escrito hablando de mi cuerpo, de mi agotamiento y de esa imposibilidad para ser robot y escribir un artículo cada semana. Imagino que podríamos preguntarnos: ¿qué tienen que ver el cansancio, las cicatrices, el miedo y el silencio con el propósito para el que fui convocada? ¿Es posible que los cuerpos que crean, los que trabajan arte, se encuentren atravesados por la incertidumbre? ¿Es factible que estén exhaustos y que su creación nombre lo que viven, lo que denuncian, lo que anhelan? Para escribir sobre arte, feminismo y trabajo, no encontré otro camino que colocar mi cuerpo y escribir desde ahí. Aquel cuerpo que crea es el mismo que lava la ropa y cuida; el que escribe y se queda callado; el que sufre, goza, se enferma, espera; el que se compromete, el que lucha, el que no. Si el arte es trabajo, en el marco del capitalismo, y quienes crean son trabajadoras, ¿el capital se apropia del cuerpo que crea? ¿Congela de alguna forma la creación? ¿Qué tiene que ver el cuidado como corazón del ámbito doméstico y reproductivo de la vida con el arte y su capacidad de dar sentido? ¿Y qué con la lucha que busca transformar el mundo?

Entre la elitización y aquello que se escapa: reflexiones feministas sobre arte

No soy artista, tampoco historiadora del arte. Hablo desde lo poco que sé y desde lo mucho que percibo. Soy feminista y el arte no ocupa un lugar marginal en mi vida. De hecho, creo que el arte da sentido y no puede estar por fuera de nuestras estrategias para transformar el mundo y nuestras subjetividades.

En el capitalismo, el arte se presenta como ambivalencia, porque mientras es señal de elitización, lujo y poder adquisitivo (veamos, por ejemplo, las costosísimas obras de arte y a sus coleccionistas, o aquellos museos mayoritariamente de los países industrializados del Norte que concentran cuadros, esculturas, dibujos, muchos adquiridos en la etapa colonial, como parte del botín de despojo del Sur global), al mismo tiempo se estructu-

ra en nuestros países e imaginarios como forma precaria, desfinanciada, marginal y adorno de todo aquello que es “importante”. Es así como los presupuestos nacionales de los Estados, de las universidades y colegios destinan recursos irrisorios al desarrollo del arte, al arte como materia necesaria y obligatoria, condenándolo a que nunca pueda ser una posibilidad de vida digna. Lxs artistas que no están en el círculo de élite deben hacer malabares para poder pagar sus cuentas; están obligadxs a tener varios trabajos y minimizar sus capacidades creativas a las necesidades de *marketing*, tecnológicas o comunicativas que se requieran. Eso, decimos las feministas, constituye un proceso de feminización; es decir, de precarización, desvalorización y sobreexplotación, en donde el arte y el cuerpo que crea, y por lo tanto trabaja, se vuelve doméstico, *doméstika*.

Para el capitalista es mejor desvalorizar porque permite reproducir trabajadores a un precio muy barato. El trabajo de las mujeres ha sido invisibilizado. Esta desvalorización ha sido internalizada por nosotras también. Se piensa que los otros trabajos son superiores o más importantes, que nos dan más posibilidades (Federici 2017, 15).

Es decir que la desvalorización del trabajo se da a través de varios mecanismos: la invisibilización del trabajo de cuidado que hacemos las mujeres; nuestra entrada al mercado laboral asalariado en peores condiciones; el ingreso de jóvenes a la población económicamente activa; el empeoramiento de las condiciones laborales de lxs trabajadorxs (inestabilidad, inexistencia de seguridad social, flexibilización, terciarización, etc.). Estos mecanismos usados por lxs capitalistas, es decir, por lxs dueñxs de los medios de producción y quienes definen el uso de nuestro tiempo, no solo deprecian el salario general de la clase trabajadora, sino que configuran un orden de invisibilización y precarización que permite la reproducción ampliada del capital. Recordemos que “la característica fundamental del capitalismo no es la explotación de la fuerza de trabajo sino la expropiación que permite la explotación debido a la constante subordinación

de la vida al dominio político del valor, y a su expansión ilimitada en la forma dinero” (Dinerstein 2017, 8).

Si el arte es parte de lo que implica la existencia de la humanidad, en el capitalismo (en esa dinámica ambivalente) también está atravesado por ese proceso de desvalorización:

Desvalorizar significa en muchos sentidos feminizar: el prestigio y el valor monetario son parte de un mundo masculino en donde la economía subordina a la política, las ciencias “duras” al arte. Mientras que vemos mujeres creativas desempleadas y precarizadas a las que pronto les salpica la abdicación de los poderes públicos en sus responsabilidades sociales relativas al cuidado y la atención a las personas dependientes. No es trivial que paralelamente a la tendencia de estos poderes auspiciada por un marco neoliberal, las mujeres se vean interpeladas a asumir (como antes, como siempre) los trabajos que reptan por el suelo, pocas veces considerados empleo, de cuidados, y atención social. Trabajos, en el mejor de los casos, envueltos en leyes de dependencia que feminizan su tarea y se les presentan como única o más viable alternativa laboral (Dinerstein 2017, 8).

Pero ¿cómo se produce esta desvalorización e invisibilización del trabajo doméstico, de cuidados, e inclusive del trabajo creativo? ¿Es una anomalía, un hecho extraordinario, o es parte constitutiva de este orden social?

La teoría feminista marxista y también la crítica feminista al marxismo han contribuido a la comprensión sobre el origen, carácter y desarrollo tanto del capitalismo como del patriarcado. Si bien se reconocen las formulaciones sobre la división sexual del trabajo, realizadas por Marx,¹ que ubican al trabajo reproductivo como parte consustancial del capitalismo; lo planteado por Engels sobre la importancia de la familia burguesa y la propiedad privada, que da cuenta de los pilares del capitalismo en las esferas públi-

¹ Esta contribución se encuentra en el capítulo 5 del tomo 1 de *El capital*.

cas y privadas; y lo formulado por Lenin acerca del carácter de servidumbre y esclavitud del trabajo doméstico realizado por las mujeres; en realidad fueron revolucionarias como Alejandra Kollontai (2011) quienes organizaron la discusión acerca de la liberación laboral y sexual de las mujeres, redefinieron su participación política y contribuyeron enormemente a la teoría revolucionaria. Posteriormente, pensadoras como Silvia Federici (2010) sostuvieron, desde los años setenta, que el origen del capitalismo incluye otros fenómenos no abordados por el marxismo: el desarrollo de una nueva división sexual del trabajo que subordina la labor femenina y el rol reproductivo de las mujeres a la reproducción de la fuerza del trabajo; el surgimiento de un nuevo orden patriarcal, que se sostiene en la exclusión de las mujeres del trabajo asalariado y el sometimiento a los hombres; y la maquinización del cuerpo proletario y su transformación, en lo que constituye la función primera de las mujeres en el capitalismo: la reproducción de la fuerza de trabajo y, por lo tanto, la generación de riqueza con nuestro trabajo.

El lugar que ocupamos las mujeres en el capitalismo ha significado el desarrollo de permanentes mecanismos para que cumplamos nuestra labor en la reproducción de la fuerza de trabajo y en su sostenimiento. Estos mecanismos se basan no solo en la obligatoriedad de sostener el cuidado, los afectos y la reproducción de la vida, sino en cumplir el destino manifiesto de la maternidad. A lo largo del desarrollo de las fuerzas capitalistas, estos mecanismos que nos someten al lugar reproductivo, y van incorporando la fuerza de trabajo femenina al plano de lo productivo (siempre con mayor explotación y precarización en relación con los hombres, y con salarios más bajos, estrategia utilizada por el capitalismo para mantener los salarios del conjunto de la clase obrera en descenso), han tenido su correlato patriarcal en el disciplinamiento de la vida de las mujeres y el control sobre nuestros cuerpos.

En ese sentido, la situación actual del capital y la crisis de reproducción social a la que asistimos ponen en el centro al cui-

dato como forma vital pero feminizada para la reproducción social del mundo; al mismo tiempo, constituye la posibilidad de construir un tejido recíproco y colectivo para rebelarnos contra un sistema que nos oprime. Y es que si bien el arte se presenta como ambivalente y el capital esconde esa forma de expropiación del trabajo abstracto, la feminización que reconoce Zafra (2018) en el trabajo creativo nos devuelve la materialidad del cuerpo que crea. En ese camino, vienen a mí dos preguntas: ¿es posible que, en ciertos momentos, la creación como proceso de trabajo no sea apropiado por el capital? ¿Cómo esa feminización del arte tiene su correlato en el cuerpo que crea?

Por un lado, la situación laboral de las mujeres artistas nos muestra las condiciones en las que se encuentran, en un espacio ya de por sí precarizado y feminizado: desigualdad en los precios de las obras de mujeres en comparación con los de los hombres; menos obras producidas por mujeres en museos y galerías y, al mismo tiempo, más mujeres desnudas que hombres en las obras presentadas; mayor precarización; menos tiempo de aportes a la seguridad social; mayor dependencia de los ingresos de otras personas; relaciones más inestables y esporádicas con las galerías de arte; menos prestigio en torno a mujeres artistas; y, cómo no, el peso del trabajo de cuidado no remunerado en sus familias, barrios y comunidades.

Visto así, parecería que el trabajo que crea es acaparado en su totalidad por el capital y, en dupla con el patriarcado, las mujeres artistas ocupan un lugar de invisibilización y precarización, cuando no son permanentemente construidas y presentadas como objetos y musas de la creación de los hombres, “genios y artistas”. Sin embargo, sin desconocer la forma como se estructuran nuestra materialidad, subjetividad y orden simbólico, quisiera plantear dos elementos. Y es que escribir poniendo el cuerpo significa también pensar en aquello que puede contribuir para transitar hacia formas emancipatorias.

Primero, quisiera analizar una idea que mi amiga colombiana Sandra Rátiva me planteó cuando le conté lo que estaba escribiendo: existe un camino de energía social que produce la lucha y la militancia, que quizás no pueda ser atrapado por el capitalismo. ¿Puede el arte compartir este lugar, este casi refugio?

En segunda instancia, planteo lo siguiente: colocar el cuerpo como uno de los principios feministas que vemos en la producción creativa de muchas mujeres artistas, ¿puede significar una reorganización del mundo simbólico y esta visibilización del mundo del cuidado, tan ausente en la grandilocuencia del arte? ¿Hablar de cicatrices, errores, tejidos y poesía sin lujo, como cuerpos a disposición, desechables y no perfectos, constituye una fisura para que esa energía creativa no sea acaparada por el capital y desordene el mundo patriarcal?

La narrativa del fin de la historia nos hizo creer que el capital podía tragarse todo, vaciar el contenido y reproducirse sin más. Pero nosotras, que hemos aprendido a no creer lo que el orden organiza, preferimos la sospecha ante la contundencia de esas afirmaciones que jamás dejan una salida posible. Sospechar para organizar la esperanza.

Como decíamos al inicio, este modo de producción nos condena a trabajar para vivir. Ana Cecilia Dinerstein traía al debate sobre la crisis de reproducción de la vida la observación que haría Marx sobre cuándo ocurre el proceso de expropiación de la vida de una trabajadora:

la trabajadora pertenece al capital antes de que ella misma haya vendido su fuerza de trabajo al capitalista. Esto es resultado del proceso de expropiación que priva a las trabajadoras de la posibilidad de tener una existencia humana independiente de la venta de su fuerza de trabajo, que indica que cualquiera sea el nivel de ingresos (pobreza relativa), todos los que vivimos de nuestro trabajo compartimos la pobreza absoluta de la clase trabajadora (Dinerstein 2017, 9).

Aquí me detengo y pienso en mi vida y en la de mis compañeras feministas. Pienso en las otras luchas emprendidas por movimientos de jóvenes, ecologistas, territoriales; por el movimiento indígena, campesino. Pienso en las miles de experiencias populares para disputarle independencia al tiempo del capital. Y es que, como bien lo propuso el método dialéctico del materialismo histórico, a la par que el capitalismo produce miseria, pobreza, dolor, violencia y muerte, también permanece y se resignifica la esperanza. Ese “gran *miscálculo* del capitalismo neoliberal actual” (Dinerstein 2017, 9) implica la existencia de un conjunto de luchas en torno a la vida, en donde, me atrevo a sostener, el feminismo del desborde ha buscado dar cuenta en su dimensión de totalidad.

Esta construcción cotidiana de la utopía concreta no implica un afuera/adentro del capitalismo, sino que se constituye como una manera para atravesar las contradicciones del capital y transformarlo; contiene la dimensión de negación, es decir, de negar un mundo y un orden, y al mismo tiempo afirmar proyectos, principios, sujetos; es decir, dotar de un carácter inconcluso, incompleto, tanto al mundo que se rechaza como a la posibilidad de modificarlo (Dinerstein 2017).

En esta configuración de la utopía concreta hay, sin embargo, un elemento que es, a mi modo de ver, central y que pone en diálogo la dimensión de la lucha con la de la creación y el arte. Es lo que Dinerstein llama “excedente”, como aquello que está en las luchas y que contiene las posibilidades de lo que viene, “las semillas de lo nuevo, lo que permanece intraducible, fuera del alcance de la traducción estatal” (2017, 13). Aquello que aún no es, y que no puede ser traducido por el lenguaje estatal que congela la experiencia vital; tampoco puede ser acaparado por la economía política del capital. En ese sentido,

el arte de organizar la esperanza navega en las venas del capital resensualizando, uniendo lo que ha sido separado, aportando materialidad, poniendo el cuerpo, dándole voz a lo que

ha perdido como resultado de la autoexpansión del valor. Aunque el capitalismo parezca un sistema sólido, sabemos que el valor como tal es un concepto que designa una realidad no realizada materializada solo en la forma de dinero. La sustancia del valor es el trabajo abstracto, es decir, una medida de tiempo de trabajo socialmente necesario que es abstraída de su humanidad. El dinero anticipa en el presente el valor que se realizará en el futuro (Dinerstein 2016, 361).

Cuando hace unos años las compañeras feministas argentinas llamaron por primera vez a un paro de mujeres, idearon una consigna que daba sentido a esa decisión: “Si nuestros cuerpos no valen, produzcan sin nosotras”. De esta manera, el movimiento feminista hacía referencia a los repetidos feminicidios que ocurren en el mundo (de los 25 países con mayores índices de este crimen, 14 son latinoamericanos), al feminicidio de Lucía, y al mismo tiempo, a nuestro rol como mujeres en el capitalismo. Lograron hacer una brillante síntesis política de la guerra en la que vivimos: si para el capitalismo nuestros cuerpos feminizados, femeninos, no solo se encuentran a disposición de quien quiera, sino que no tienen valor alguno, y por eso nos asesinan, entonces paramos y dejamos de hacer trabajo productivo y reproductivo, que sostiene al mundo y permite su funcionamiento. De esta manera, este feminismo del desborde entrelaza un cuerpo colectivo, plural, en donde el derecho a decidir sobre la reproducción y el trabajo de cuidado, que habilita al resto de trabajos, se juntan como parte de una misma perspectiva política; es estrategia y es, al mismo tiempo, principio.

Los feminismos actuales, los feminismos masivos que desbordan los espacios, el orden, la vida, y que fundamentalmente se tejen en América Latina, alumbran un cuerpo colectivo, una cuerpa que articula todas las opresiones, explotaciones y dominaciones que nos configuran como mujeres en un mundo capitalista, patriarcal y colonial; y al mismo tiempo es materialidad que transforma, decide, lucha, teje, se expande, se anuda y desata, se nombra a sí misma, se reconoce como parte de un todo. En esa manera dialéctica de la materialidad que el feminismo propone, las cicatrices

se vuelven formas profundas que rompen la falsa dicotomía de la esencia y la superficie (a lo Deleuze); el error pasa de ser lugar disciplinador del patriarcado a principio de aprendizaje; y la poesía deja de ser mercancía lujosa y busca ser palabra de todxs.

Pienso que, quizás, así como la lucha y la organización de la esperanza, es decir, la entrega de materialidad a una utopía que prefigura en la dimensión cotidiana otro orden, otro mundo, el arte podría ser también producción social no acaparada por el capital. Es lo que nos da fuerza, como la lucha, pero además nos provee de sentido. No está por fuera del capital, pero por momentos, y en algunos casos, el arte transita esas contradicciones y crea aquello que el capital no puede acaparar, y que tampoco la gramática del Estado logra fijar y vaciar.

Bajo esa perspectiva, pienso en la poesía, que es iluminación y fisura. La poesía ilumina porque nombra lo que intuimos, y porque revela la experiencia, nuestra experiencia. Es ahí, reflexionaba Audre Lorde (2002), donde la poesía deja de ser un lujo, y pasa a ser necesidad vital. Como escribía Cristina Burneo hace ya dos años, tras la muerte de Leonard Cohen,

hemos dejado que nos hagan pensar que la imaginación es un privilegio de pocos, que la poesía es para iniciados y que resulta inocente al lado de la certeza del dato histórico o de la sofisticación de la teoría. Que resulta etérea al lado de la acción. Renunciamos a los fundamentos de nuestro verdadero poder cuando dejamos de comprender que es la fuerza de la palabra lo que nos sostiene, y que imaginar, leer, pensar, no están reñidos jamás con la acción; al contrario, le dan sentido. La poesía le pertenece al que no tiene nada, no a aquel que ha pensado conquistarla (2016, párr. 6).

Viene a mí el poema escrito por la periodista y feminista española Ana Isabel Bernal Triviño (2017), que transcribo a continuación; nombra a quien no se nombra: las mujeres, la mayoría, que hacemos trabajo doméstico:

Menos lecciones

Que vengan a ti con lecciones
Que tienes las manos llenas de heridas,
Que no cicatrizan por la leña,
Ni por tantos dolores.

A ti que nadie te ayudaba
Cuando lavabas tras el parto,
O limpiabas el baño mientras sostenías
Tus gafas rotas pegadas con celo,
Y te vestías de trapo.

A ti, que dejaste de cuidarte,
Para cuidar a los demás.
Cuando soñabas aún,
Y lanzabas deseos al aire,
Que una simple frase desmoronaba.

Ahora te sientes
Desbordada de rabia hasta la explosión,
Por haberse espaciado tus días
Al servicio de la vida de otros.

Nombrar la experiencia de lo doméstico va quebrando de a poquito la oscuridad, el silencio, la palabra negada, el cuerpo explotado, la vida amenazada, el lugar asignado. Aquello que no tiene nombre, se nombra, y al nombrarlo existe. Nombrar la experiencia es otra forma de crear, de volver lo que tenemos dentro palabra mundo, y mientras va existiendo lo que nombramos, vamos existiendo también nosotras.

La experiencia, para el feminismo y el marxismo, es fuente que relata, que vuelve vital la memoria. Es en la experiencia que podemos reconocernos material y subjetivamente. Marx y Engels creían que la actividad productiva no es la única que determina lo social del ser humano, y que existen otras esferas como el arte; pero es fundamentalmente el ámbito de la producción el que determina

la clase y su experiencia, y por lo tanto, le entrega un carácter a la lucha de clases como historia. La constitución de la clase, y por lo tanto de los sujetos, está atravesada de manera central por las experiencias compartidas y por aquellas que siendo particulares entrelazan vínculos, dotando a lo colectivo de una dimensión también situada. Es en ese sentido que el proceso creativo que nombra la experiencia como necesidad vital, nos remite tanto a nuestro lugar en este orden social, a nuestra subjetividad, como a la posibilidad de vislumbrar otros mundos, otras subjetividades, otras formas de conocimiento y aprendizaje que den la vuelta no solo al lugar en que el patriarcado, el capitalismo y la colonialidad nos ha puesto, sino al sistema que se estructura en capital colonial y patriarcal.

Es en ese error —acerca del que maravillosamente escribió la poeta Anne Carson (2000), como se verá líneas más abajo— donde se juntan 1) la asignación del patriarcado sobre nosotras: las que cometemos errores, las equivocadas de la historia; 2) el trabajo creativo de la poesía; y 3) la incompletitud del mundo y su orden, y, por lo tanto, la iluminación que nos alumbra para organizar la esperanza.

... La imitación (*mimesis*, en griego)

es el término que utiliza Aristóteles para designar a los errores auténticos de la poesía.

Lo que me gusta de este término

es la facilidad con la que admiten

que aquello con lo que nos las vemos cuando hacemos poesía es el error, la obstinada creación del error,

el rompimiento deliberado y la complicación de los errores

de los cuales puede emerger

lo inesperado.

Así que un poeta como Alkman

deja a un lado el miedo, la ansiedad, la vergüenza, el remordimiento

y el resto de emociones tontas que asociamos con el hecho de cometer errores para aceptar

la verdad verdadera.

La verdad verdadera en el caso de los humanos es la imperfección...

Nosotras que nos rebelamos frente al eterno rol de ser musas en los procesos creativos, al lugar fijo de sostener las luchas para que otros ocupen el poder; nosotras que buscamos construir otra forma no masculina de política; nosotras, las feministas, sabemos que poner el cuerpo en el arte, como en la lucha, es ponerle materialidad colectiva a aquello que el capitalismo quiere que permanezca abstracto, individual y contemplativo.

Cuando nombramos al cuerpo, a la cuerpo, le devolvemos la dimensión concreta al trabajo creativo y a la organización de la lucha. Al mismo tiempo, posibilitamos que esa energía social que produce la creación y la militancia una lo que el capitalismo ha separado: producción y reproducción. Si el cuerpo en el arte es soporte, materia, problemática, y el arte que hacemos va construyéndose como cuerpos orgánicos, que nombran la vida cotidiana, la memoria y los tránsitos, es en las preguntas y la politización de la experiencia, en la forma poética —a veces de cuerpo presente, otras de cuerpo ausente— donde nosotras creamos. Juntar arte, feminismo y trabajo es también construir esos relatos que desde la praxis feminista nos permiten comprender las posibilidades históricas que tenemos en nuestras manos: palabras, cicatrices y cansancios para transitar el miedo, pero esta vez sin hacer silencio.



Para escribir sobre arte, feminismo y trabajo, no encontré otro camino que colocar mi cuerpo y escribir desde ahí. Aquel cuerpo que crea es el mismo que lava la ropa y cuida; el que escribe y se queda callado; el que sufre, goza, se enferma, espera; el que se compromete, el que lucha, el que no.

Referencias

Bernal Triviño, Ana Isabel. 2017. *Todo va directo al corazón*. Málaga: Impreso por la autora.

Burneo Salazar, Cristina. 2016. “Para qué pensar en los poetas”. *La barra espaciadora*. <https://labarraespaciadora.com/culturas/para-que-pensar-en-los-poetas/>

Carson, Anne. 2002. “Ensayo sobre las cosas en las que más pienso”. <http://www.vallejoandcompany.com/poema-ensayo-sobre-las-cosas-en-las-que-mas-pienso-de-anne-carson/>

Clarke, Simon. 1988. *Keynesianism, Monetarism and the Crisis of the State*. Aldershot: Edward Elgar.

Dinerstein, Ana Cecilia. 2016. “Organizando la esperanza: utopías concretas pluriversales contra y más allá de la forma valor”. *Educação y Sociedade* 37 (135): 351-69.

—. 2017. “Afirmación como negatividad. Abriendo espacios para otra teoría crítica”. Conferencia magistral presentada en el Coloquio de Marxismo Abierto: 25 años del marxismo abierto. Reflexiones sobre teoría crítica y praxis revolucionaria, Puebla, México.

Federici, Silvia. 2010. *Calibán y la Bruja. Mujeres, cuerpo y acumulación originaria*. Madrid: Traficantes de Sueños.

—. 2017. “Las tareas de la economía feminista”. <http://economiafeminista.com/las-tareas-de-la-economia-feminista/>

Kollontai, Alexandra. 2011. “Los fundamentos sociales de la cuestión femenina y otros escritos”. <http://www.enlucha.org/site/?q=node/15895>

Lorde, Audre. 2002. *La hermana, la extranjera*. Madrid: Traficantes de Sueños.

—. 2008. *Los diarios del cáncer*. Rosario: Hipólita Ediciones.

Seligson, Esther. 1999. "Cicatrices". *Fractal* 13 (4): 103-11.

Zafra, Remedios. 2017. *El entusiasmo. Precariedad y trabajo creativo en la era digital*. Madrid: Anagrama.

—. "Remedios Zafra: Somos una multitud de personas solas frente a una pantalla". Por Toño Angulo Daneri. *Letra Global*, diciembre 2018, https://cronicaglobal.lespanol.com/letra-global/la-charla/remedios-zafra-precariadad-cultural_207315_102.html